

LO QUE SE DA NO SE QUITA

Pilar Guembe
Carlos Goñi

La responsabilidad
y el privilegio
de educar



Desclée De Brouwer

Pilar Guembe y Carlos Goñi

Lo que se da no se quita

La responsabilidad y el privilegio de educar



Desclée De Brouwer

© 2026, Pilar Guembe y Carlos Goñi

© 2026, EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER S. A.

Henao, 6 - 48009 Bilbao

www.edesclee.com

info@edesclee.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-330-3985-9

Depósito Legal: BI-01612-2025

Impresión: Grafo S. A.- Basauri

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Presentación. Lo que se da no se quita	13
1. Carta de ajuste	17
2. MIR para padres	19
3. El VAR en casa	21
4. Padres <i>curling</i>	23
5. Educar sobre ruedas	25
6. Mi mamá me mimó, mi mamá me ama	29
7. Permitido prohibir	33
8. ¡No es no!	37
9. Exigencia amable	41
10. Porque sí	45
11. Tú planchas y yo cocino	47
12. El currículum de una madre	49
13. Educar a conciencia	53
14. Conecta con tu familia	57
15. Huérfanos digitales	59
16. La tragaperras en el bolsillo	61
17. Internet como escondite	65

18. Emojis y emoticonos	67
19. Contrato tecnológico	69
20. Por qué no es inteligente regalar un teléfono inteligente ...	73
21. Más tarde, mejor	77
22. Las otras “orexias”	81
23. Adicción a la pornografía.....	85
24. Alcohol: el monopolio de la diversión	89
25. El mío, no	91
26. Juguetes “de verdad”.....	93
27. Besar el pan.....	97
28. Espacio libre de móviles	99
29. Educar sin castigar.....	101
30. Una “buena bofetada” nunca es buena	105
31. Sin gritos	109
32. Activa la escucha	113
33. La gota fría y el sirimiri	117
34. Saber motivar	121
35. La escuela en casa	123
36. Qué no debe faltar en la mochila escolar	125
37. Copiar y pegar.....	129
38. De eso no te ponen nota	133
39. Contar con los cuentos	135
40. La letra con sangre no entra	139
41. La ortografía también importa.....	141

42. El grupo de whatsapp de padres	145
43. Menores pornodigitales	149
44. De jóvenes Ninis a jóvenes Sisis	153
45. “Todos lo hacen”.....	155
46. Hijos enamorados.....	159
47. “Sanvalentines” en el amor	163
48. Más de trece razones para vivir	165
49. Exámenes finales	169
50. Ser padres, un acto de optimismo	173
Epílogo. Carta de los padres a los Reyes Magos.....	177
Lo que se da no se quita.....	179

Presentación

Lo que se da no se quita

Circulábamos por la autovía. En un adelantamiento hicimos frenar al coche que venía detrás. Como suele ser habitual, el conductor nos dio ráfagas con las luces e hizo sonar el claxon a la vez que gesticulaba dirigiéndonos elocuentes “peinetas”. El caso es que al impaciente chófer del coche de atrás no le faltaba razón, pues, aunque la maniobra cumplió con el ritual elemental de las normas de tráfico, le hicimos pisar el freno, algo que es mejor evitar a cierta velocidad.

Conscientes de las molestias ocasionadas, aprovechamos para disculparnos cuando el coche ofendido nos adelantó, algo que ocurrió enseguida. Cuando llegó a nuestra altura, le pedimos perdón juntando las manos. Como era de esperar, los ocupantes de los asientos delanteros, una pareja joven, seguían con los mismos argumentos. Pero, para nuestra sorpresa, en la silla de seguridad del asiento trasero viajaba un niño (o quizá era una niña) de no más de 4 o 5 años, el cual nos saludó con el dedo corazón alzado, una réplica exacta del gesto que desde su posición veía hacer a sus padres.

El hecho nos dejó consternados, no por el percance circulatorio en sí, sino por la acción “educativa” de la que fuimos testigos. Y no tanto por la diferente manera de afrontar una situación bastante común en la carretera, unos pidiendo perdón y otros insultando, unos juntando las palmas de las manos en señal de disculpa y otros dirigiendo “peinetas” en prueba de arrogancia, sino por el ejemplo que recibió ese niño o niña del asiento trasero.

Supuestamente, en aquel coche viajaba una familia, podríamos decir estándar: los padres y su hijo. Era una imagen de vida familiar: los padres por delante enseñan a su vástago a conducirse por la vida. El pequeño observa desde atrás lo que hacen y los imita. En muchas ocasiones ellos creen que él no los oye, que no les presta atención, que no ve lo que hacen, pero el niño está aprendiendo a vivir y no puede perderse ningún detalle, porque solo dispone de esos conductores que le lleven hacia la madurez.

Siempre hemos dicho que en educación el ejemplo vale más que mil palabras, que los niños oyen con los ojos y ven con los oídos, que puedes repetir mil veces que no hay que hacer tal o cual cosa, pero que si una vez la haces, todos tus argumentos se vienen abajo. El niño del asiento trasero practica lo que ve hacer a sus padres, quizá no sepa lo que significa, pero lo hace por imitación. Así es como arraiga una conducta en nuestros hijos, justamente cuando se hace inconsciente. Después resultará muy difícil de eliminar, porque lo que hemos dado a los hijos desde pequeños nadie se lo puede robar.

Se cumple así aquel conjuro infantil que canturreábamos de niños: “Santa Rita, Rita, Rita, lo que se da no se quita...”. Aquel conductor le estaba dando a su hijo un ejemplo que será difícil que nadie se lo pueda quitar en el futuro. Ni siquiera él podrá borrarlo cuando se dé cuenta de que su hijo reparte peinetas cuando alguien interfiere bruscamente en su camino. Le podrá argumentar de mil maneras que eso no se hace, que está mal, que es de mala educación, le podrá castigar por hacerlo (se impondrá así el bucle lógico de una mala praxis educativa), pero el hijo no entenderá nada y pensará para sus adentros que es una incongruencia que te quiera quitar algo justamente quien te lo ha dado.

Así que, cuando demos ejemplo a nuestros hijos, tengamos en cuenta que les estamos dando algo para siempre, algo que será difícil que, ni siquiera nosotros, se lo podamos arrebatar, porque, como decía la cantinela infantil: “lo que se da no se quita”.

Revisemos juntos qué damos a nuestros hijos y qué deberíamos no darles; pensemos cuál es nuestro estilo educativo, si somos demasiado proteccionistas o demasiado autoritarios, si estamos realmente ejerciendo de padres; analicemos el quehacer cotidiano, las pequeñas acciones diarias, lo que decimos a nuestros hijos, el ejemplo que somos para ellos; reajustemos nuestra realidad familiar en lo que podamos y sepamos, para que nadie les pueda quitar lo que les damos, porque, como dice el estribillo infantil, lo que se da no se quita. Pensemos también que lo que nosotros les demos, ellos lo darán.

Todo lo que los padres damos a nuestros hijos genera una reserva de criterios y hábitos que les ayuda a funcionar por la vida y que, como el lastre de un barco, impide que naufraguen.

No se trata de fabricar robots, sino personas con criterio, como esos muñecos llamados tentetiesos que tienen mucho peso en la base y eso les impide caer a pesar de los empujones que puedan recibir. De modo similar, si formamos bien la base, si la cargamos de valores de peso, nuestros hijos siempre podrán recuperar la posición a pesar de los vaivenes y zarandeos de la vida. Así como nadie puede tumbar un tentetieso, tampoco nadie podrá doblegar a nuestros hijos. Los veremos ir de acá para allá (sobre todo en la adolescencia); sin embargo, gracias a esa base que hemos puesto, a la larga, acabarán en pie. Es la experiencia de muchos padres que han visto a sus hijos salir a flote gracias al peso de sus convicciones, aunque parezca una contradicción. Las personas somos como los árboles: crecemos en proporción a la profundidad de las raíces.

Por todo eso, educar es una responsabilidad y un privilegio, una gran responsabilidad y un gran privilegio. En las manos de los padres y educadores está lo que serán nuestros hijos y alumnos en el futuro. La responsabilidad es casi metafísica porque el quehacer educativo tiene repercusiones directas, aunque puede que no inmediatas, en la forma de ser de los educandos. Es verdad que serán lo que ellos decidan ser, pero también que les resultará

difícil que les quiten lo que les hemos dado. La responsabilidad de educar es tal que conlleva el mayor privilegio: el de ser, parafraseando a George Steiner, “cómplices de una posibilidad trascendente”.

1

Carta de ajuste

En los tiempos en que la televisión también disfrutaba del derecho al descanso y desconectaba por las noches, a veces el insomnio nos dejaba plantados ante la monótona *carta de ajuste*. La pantalla se vestía de formas y colores (aunque la veíamos en blanco y negro), un reloj recordaba al espectador que lo único que hacía ahí plantado era perder el tiempo y una melodía, instrumental la más de las veces, intentaba amenizar la escena más simple, más tediosa y tétrica del fantástico mundo televisivo.

La *carta de ajuste* era el inicio y el final de la programación diaria, y no solo servía para dar descanso a quienes vivían a ambos lados de la pantalla, sino sobre todo para ajustar el televisor. Brindaba un patrón geométrico, una plantilla audiovisual, para hacer más fácil la tarea de ajustar el televisor, porque las teles de antaño se desajustaban con frecuencia, por lo que necesitaban, de tanto en tanto, de una mano experta que regulara con delicadeza el brillo y el contraste o que sintonizara con finura el único canal.

A pesar de ello, lo normal era reajustar el televisor cuando la distorsión de la imagen lo requería, que casi siempre era cuando se enchufaba el aparato o en mitad de la programación. Entonces la pantalla no ofrecía la carta de ajuste para poder facilitar el trabajo, sino que había que ajustar la imagen a las imágenes que se veían.

El ajuste del televisor era una tarea eminentemente manipulativa, había que ir probando, moviendo los botoncitos hacia delante o hacia atrás, buscando

la imagen más nítida, más clara, más parecida a la realidad. Pero también tenía algo de ceremonia familiar. Todos colaboraban para que la tele se viera bien, para que la imagen cuadrara con lo que se esperaba ver. “Así está bien”, decía uno; “No, un poco más”, exigía otro; “Te has pasado”, observaba el de más allá. El paciente ajustador, que dada la proximidad era el que peor veía, intentaba hacer caso a todos y tras inapreciables giros a derecha e izquierda conseguía la unanimidad: “¡Ahora se ve bien!”.

También de vez en cuando nuestra familia necesita un reajuste, necesita que nos pongamos alrededor del televisor (pero con el televisor apagado) para hablar de nosotros, para revisar cómo vamos, qué tenemos que cambiar, dónde hemos de esforzarnos más... Pero lo tenemos que hacer sin *carta de ajuste*, porque cada familia es única y no hay un modelo que sirva para todas. El único criterio, la única carta disponible para llevar a cabo el ajuste es la felicidad: si una familia, a pesar de las dificultades, no es feliz debe reajustar su forma de comunicarse, de ayudar a los demás, de repartir tareas y responsabilidades, de planificar el tiempo, de respetarse, de ejercer la autoridad, de perdonarse... Ya lo decía Tolstoi, todas las familias felices se parecen. Esa debería ser su única carta de ajuste.

Lo que se da no se quita:
la felicidad tiene sabor casero.

2

MIR para padres

La asignatura pendiente de nuestra sociedad sigue siendo la educación. A pesar de las continuas reformas y los cambios de planes de estudios, seguimos sin aprobar la materia más importante. La última idea (aunque no es ni novedosa ni original) ha sido proponer un MIR para maestros y profesores, un periodo de preparación a la manera del que realizan los médicos. La verdad es que, en los tiempos que corren, los profesionales de la educación tienen mucho que curar, y ya se sabe que prepararse bien es la mejor manera de recuperar un suspenso. Aunque los síntomas de la gripe educativa son muchos y son diversas las etiologías, no vendrá mal que los “facultativos” estén mejor formados.

Los damnificados de esta asignatura que no acabamos de aprobar son los millones de niños y adolescentes que llenan nuestras aulas. Lo peor que podemos hacer como sociedad es no darles lo mejor, por eso, si la educación no sale bien, estamos fallando todos, porque el fracaso escolar es siempre un fracaso colectivo. Pero hay que aceptar que la salud no depende solo del médico, sino también de muchos otros condicionantes que escapan de su control. Quizá el paciente llega a la consulta con una enfermedad crónica o no hace todo lo que el doctor le aconseja. Así, por mucha preparación que tenga un maestro o un profesor, ¿qué puede hacer si un alumno no quiere obedecer sus instrucciones, si no tiene ningún hábito, si se niega a estudiar, si le planta cara, si no respeta unas mínimas normas? En tales casos, ni siquiera haber hecho el MIR garantiza el éxito.

No obstante, en temas tan esenciales como la salud y la educación, no solo toda precaución es poca, como se suele decir, sino que toda preparación es poca. De modo que el MIR que propone el gobierno es bien recibido por ineludible. Sin embargo, creemos que debe ser complementado por otro que, como se desprende de lo dicho, resulta más necesario si cabe. Se trata de un MIR para padres.

A ningún padre, a ninguna madre se le exige una instrucción especial, unos estudios básicos o un MIR específico para desempeñar su función. Con un poco de experiencia vivida, otro de sentido común, una buena dosis de dedicación y mucho mucho cariño, se van saliendo con más o menos éxito. Nuestros hijos son la responsabilidad más grande que tenemos, nuestra empresa más importante; sin embargo, nadie nos ha enseñado a ser padres.

Tal y como están las cosas, para educar a nuestros hijos debemos formarnos. Ellos necesitan unos padres que los quieran, los protejan, los cuiden, pero también que les exijan, les marquen horizontes, que los eduquen. No podemos delegar esa responsabilidad en la escuela o en el ambiente, sino asumirla sin complejos. Prepararnos para poder dar más, ¿cómo? Leyendo, asistiendo a cursos de formación para padres, acudiendo a las tutorías, hablando mucho entre nosotros de los hijos, planificando su educación... Ese MIR para padres, que no dura dos cursos académicos, sino todos los cursos, nos hará no ser excesivamente blandos, pasivos, proteccionistas, conformistas, pesimistas..., sino exigentes, activos, con ganas de aprender y optimistas, dispuestos antes a equivocarnos que a renunciar a nuestra obligación.

Lo que se da no se quita:
lo más importante en la educación de los hijos
es la formación de los padres.